Pregón de la Semana Santa de Córdoba 2023

Pregón de la Semana Santa de Córdoba 2023

A cargo de don Francisco Román Morales.

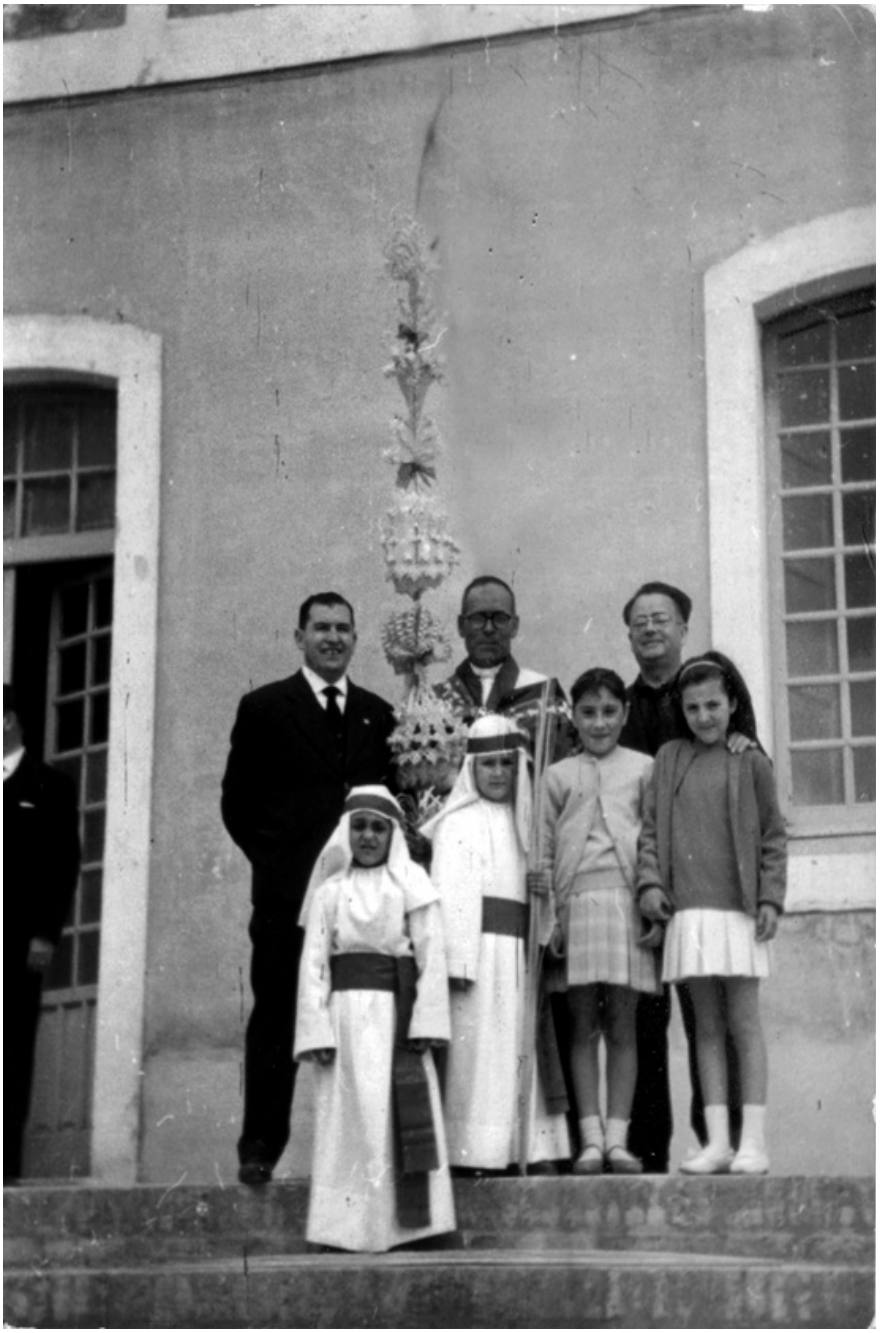
A Carmen, mi esposa, por todo.

PROEMIO COFRADIERO

Madre nuestra Auxiliadora
que estás en el cielo.
Bendito sea tu Nombre
y venga a nosotros tu consuelo.
Que este mundo conozca a tu Hijo
y su Amor se extienda
desde la Tierra hasta el cielo.
Envíanos tu sonrisa cada día,
media ante nuestras ofensas,
alúmbranos para que dispensemos
a los que nos afrentan,
protégenos de la tentación
y líbranos del mal,
bajo tu manto de estrellas.

¡María Auxiliadora, de las almas atormentadas redentora! ¡Vuelve a nosotros, tus divinos ojos llenos de amor y de serena luz! ¡Tú que eres nuestra Esperanza en este valle de lágrimas, ruega por nosotros!

Con la condición de cordobés nacido en San Lorenzo, bautizado en San Rafael, salesiano de formación y arraigado en Poniente, ante ustedes comparece, ligero de equipaje, este humilde vocero para dar de sí cuanto pueda salir, no de mi cuerpo, sino de mi alma en esta fiesta de la palabra. ¿Por qué está aquí este pregonero? La respuesta no puede ser otra sino la del favor que me hacéis. Sólo la generosidad de mi querido amigo y hermano Blas, que ha tenido a bien presentarme, puede dar a entender que atesoro unos méritos que, en absoluto, ostento para ocupar esta tribuna desde la que, oficialmente, se proclama la Semana Santa de 2023.



PRESENTACIÓN

Excelentísimo y Reverendísimo Sr. Obispo, centésimo cuarto sucesor de Osio.

Excelentísimo. Sr. Alcalde.

Sr^{a}. Presidenta y Junta de Gobierno de la Agrupación de Hermandades y Cofradías.

Excelentísimas e ilustrísimas autoridades.

Hermanos Mayores.

Cofrades de Córdoba.

Amigos todos.

¡Con la venia!

INTROITO

Como dijo el poeta, «mi infancia son recuerdos de un patio», en mi caso, de una gran casa de vecinos, olor a generosos pucheros en la lumbre de picón, dos grandes patios cuajados de vida, aromas y colores, donde di mis primeros pasos. Antigua residencia señorial situada en la plaza de Don Arias en la que nació, vivió su juventud y estableció su taller don Antonio Rubio Moreno, el añorado autor de la

Reina de la Ajerquía,
Majestad bañada de sol,
¡Nuestra Señora de la Candelaria!
Cobijo del alma mía,
luminaria inflamada de Amor.

No muy lejos de allí, en otro patio, esta vez presidido por la fragancia del naranjo y el limonero, en la esquina de la plaza de San Rafael, vivía don Juan Martínez Cerrillo, "Juanito el escultor" para mi familia, el artista que, de no haber nacido, habría sido necesario inventarlo porque ¿qué sería de nuestra Semana Santa sin su Paz y Esperanza, gozosamente coronada?, o ¿sin su "Esperanza"? Solo por citar dos de sus obras más celebradas.

Evoco un patio salesiano en el que, con apenas seis años, cuando la incipiente primavera comenzaba a vestirse de verdes radiantes, nos enseñaron cómo debíamos andar y comportarnos, acompañando al Señor en su entrada triunfal en Jerusalén.

Revivo aquel primer Domingo de Ramos. Aromas a pan tostado y a café recién molido. Mi madre, plancha en mano, alisa la túnica de hebreo, confeccionada por ella misma unos días antes y que conservo como uno de mis mayores tesoros. Ahí está mi padre, risueño, enchaquetado y nervioso, luciendo satisfecho su insignia de antiguo alumno salesiano, mientras que mi hermana tiene que contentarse con vivir el momento en segundo plano. Pasadas las nueve de la mañana, llega eufórico Juanito el escultor con sus hijos Maribel y Manolín, este vestido de hebreo, como yo, para dirigirnos juntos

a iniciar nuestra primera estación de penitencia en aquella cantera cofrade. Menudo cisma monté en la familia por ser disciplinado. Corría el 7 de abril de 1963.

La memoria me traslada a una época, ya lejana, en la que el tiempo no existía y los días discurrían con la lentitud y la prisa propias de la infancia. Aquellas mañanas de Martes Santo, cuando acompañado de Manolín, acudíamos al colegio para "ayudar" en los últimos detalles de la estación de penitencia. Aquel olor a calas recién cortadas para Nuestra Señora de la Piedad. Al final, siempre acabábamos subidos a lomos del percherón gubiado por Castillo Ariza. Por entonces, santo y seña de la corporación salesiana.

Mi infancia son recuerdos de una Semana Santa muy particular, la mía, con la carrera oficial en Santa María de Gracia, palquillo de horas bajo las arcadas fernandinas de San Lorenzo, con el gran sacristán, Pepe Bohollo como maestro de ceremonias y reloj de salida en el Realejo, junto a la farmacia de Kindelán. Los más cursis dirán que era una Semana Santa en blanco y negro, pobretona y pueblerina, cuando habría que hablar de barroca austeridad, de sobriedad, contención y… ¿por qué no?, también de falta de medios. Pero para mí tenía todo el colorido y la grandiosidad que la mente de un niño es capaz de imaginar.

Envuelto en la neblina de la añoranza, recorro aquel itinerario que abrían los batidores a caballo y la banda de la OJE. Con cortejos alumbrados por codales a modo de cirios y comitivas que andaban a golpe de campanillas. Pasos de Cristo alumbrados con baterías de coche y costaleros con aspecto de rufianes, aunque con corazones que no les cabían en sus cuerpos de curtidos faeneros, de las cuadrillas de los Sáez, Gálvez, Muñoz o Torronteras para los pasos de Virgen. Por unos instantes, Santa María de Gracia recupera su convento de venerables dominicas enclaustradas, a la vez que vuelven a enseñorearse aquellos lugares de leyenda: el portalillo de la "Picailla", donde comprábamos las "chuches" de entonces, Doña Pepa y sus tortas, la Confitería de San Rafael… Y ¡cómo no!, aque-

llas míticas tabernas entre las que destacaba, al menos para mí, Casa Calzaíto, más tarde regentada por mi amigo Pepe López "El Pisto", mi palco particular desde donde contemplaba absorto el transitar, unas veces solemne y austero, otras triunfal, de las cofradías que se dirigían a la Carrera Oficial de verdad. Por allí desfilan en un perpetuo carrusel mis hermandades de entonces: las Penas de Santiago, con su joven antigüedad; el Rescatado, seguido por interminables filas de almas doloridas, acongojadas o agradecidas; Nuestra Señora de la Merced, majestad de blancura celestial protegida por el estrellado cielo cordobés; el Cristo de Ánimas, austeridad y oración; el Señor del Calvario, clasicismo y promesa; o el Cristo de Gracia, saeta y tradición. Una Semana Santa que tenía dos días grandes: el Domingo de Ramos, cuando acompañaba al Señor de la Borriquita y la noche del Martes Santo, cuando revestido de esclavina, pabilo en mano, daba mis primeros pasos cofrades en la hermandad de mi padre: el Prendimiento. Desgraciadamente, pasó el tiempo y todo aquello acabó.

El 24 de abril de 1993, se celebró en la parroquia de la Trinidad una ceremonia que, al menos para mí, pasó absolutamente desapercibida: la bendición de la imagen de Nuestro Padre Jesús de la Fe esculpida por Miguel Ángel González Jurado. Sin embargo, aquella ceremonia iba a dejar rastro, ¡un cartel!, un simple cartel que cambiaría mi vida pues, al poco tiempo, visitando los tenderetes de viejo, junto al Pósito de la Corredera, mi amiga Pepa Jurado me lo mostraba ufana: «¡Mira qué Cristo más bonito ha hecho mi Tulili!». Aquel primer encuentro sacudió mis entrañas, porque muy poco después, estaba pidiendo el ingreso a mi Hermandad de la Cena. Algo muy especial había en aquella actitud serena, a caballo entre el éxtasis místico y la agonía existencial, en la que Cristo no piensa sólo en los discípulos con Él reunidos, sino que, al levantar sus ojos hacia el horizonte, convierte el momento en universal: la nueva Alianza será para todos.

Ahora, en la lejanía del tiempo, recordando aquellas cofradías de antaño, y luego, implicado en su día a día, comprendí, primero jugando y luego con plena conciencia de lo que hacía, que nuestra vida de cofrades comprometidos se cimenta en el trabajo constante para que al final, radiante, luminoso, cuando llega nuestro día del año, aunque caigan chuzos de punta, tengamos la enorme satisfacción del reencuentro. Tres son las conclusiones que saco de todos estos años: Primero, en palabras de Monseñor Amigo Vallejo, que «las cosas grandes no se entienden, se viven». Segundo, que la Semana Santa se basa en la tradición familiar: de abuelos a padres y de padres a hijos… y, tercero, que nadie es imprescindible, aunque todos somos necesarios. Hoy puedes ser hermano mayor, y mañana encargarte de abrir las puertas del templo para poder visitar a nuestros Titulares, tal y como hizo mi hermano Antonio Gracia…, siempre a disposición de nuestra Hermandad del Nazareno, porque ¡no estamos aquí para ser servidos, ni para "hacer carrera"! ¡Esa es la base de todo: sentimiento, familia y servicio!

¡YA FALTA POCO!

La Cuaresma está a punto de finalizar. Es un periodo de reflexión y de conversión, sin duda, pero también de espera, de ilusiones renovadas, de regustos alargados en el tiempo en un intento desesperado por retener en nuestros corazones lo que, por esencia, es fugaz y perecedero. Nos disponemos para celebrar, una vez más, nuestra particular liturgia popular y callejera disfrutando, por anticipado, del futuro que ha de llegar en cualquier rincón de la Córdoba callada y sola del poeta, aunque siempre sea más bella contada que vivida, como atinadamente afirma Ignacio Camacho.

Hemos pasado tiempos de restricciones, las muestras de responsabilidad dadas rayan el heroísmo. Sin embargo, desde que "acabó la pandemia" dicho sea con todas las reservas, nos hemos prodigado en exceso con salidas extraordinarias más o menos justificadas, algunas no había por dónde cogerlas y hemos provocado escenas

ciertamente preocupantes, por el grado, de insensibilidad e inconsciencia, demostrado por muchos de nosotros. Junto a los cangrejeros profesionales, nuevas tribus "subkofrades" de reporteros ocasionales, de influyentes de pacotilla y una última subespecie gritona y maleducada de aulladores, han tomado las calles. Parafraseando a Don Santiago Gómez Sierra, obispo de Huelva, sobran "selfies" y "chimpunes" y faltan padrenuestros y oraciones.

Sin embargo, desde el mismísimo Miércoles de Ceniza, comienzo a sentir con fuerza cada vez más insistente, la inmensa tristeza de que todo empieza a consumarse; la nostalgia se enseñorea y ya duelen en el alma las marchas por interpretar, las esquinas por revirar, los inciensos por quemar y los aromas florales por aspirar. A partir de ahí, todo es como un largo fin, ni contigo ni sin ti. ¡Sólo pienso en el día más efímero del año! El que más tarda en llegar y el que se escapa de entre los dedos dejándonos un regusto íntimo, siempre agridulce, a miel y a hiel. Tan pronto como llega se va y sólo queda… ¡ay! ¡Un pellizco en el corazón!

Cuando llegan nuestros «siete días de luz», en palabras de Fran López de Paz, la imagen milenaria de Córdoba, tallada con gubias de intolerancia y cinceles de persecución, pero refinada con lijas de esperanza y radiantes policromías de fe y caridad, con la sabiduría infalible de un pueblo centenario, vuelve a lucir en todo su esplendor: Es entonces cuando esta ciudad se despoja de postizos y añadidos, como repintes de malos restauradores, para lucir con toda su pompa y belleza.

Desde que el 29 de junio de 1236, San Fernando entregara a los cordobeses la mezquita musulmana, en la persona de su obispo Don Lope Fitero, para transformarla en catedral cristiana, pero muy especialmente dentro de una semana, la torre de nuestro primer templo se convertirá en el faro, en la luz y en la guía que nos marque el camino por el que todos hemos de transitar porque, a partir del Domingo de Ramos, Cristo entrará a Córdoba por la Puerta del Perdón, la Catedral será el Cenáculo y el Huerto de los Olivos, la

torre Antonia y el Pretorio, la casa de Caifás y el palacio de Herodes, el Calvario y el Sepulcro del que saldrá victorioso al tercer día, por la Puerta de las Palmas. Ante nuestros ojos desfilarán, como en una procesión magna, todas y cada una de las escenas de la Pasión. Será la Pasión según nosotros.

¡Córdoba... espabila!
¡Abre tu alma y despierta!
¡Que ya llega la Semana Santa!
¡Saca tus mejores galas!
¡Viste las calles de fiesta!
¡Saca el traje de chaqueta,
camisa blanca y corbata de seda!
¡Saca el vestido de blonda,
la mantilla y la peineta!
¡Córdoba ya huele a Semana Santa!
Huele primavera temprana,
a sol que fulgura,
a mañanas etéreas,
a tardes de paseo
y a noches de ensueño.
Huele a hierba fresca aun por brotar…
y al aroma del blanco de azahar.
Huele a jazmín y dama de noche,
a rosas y gladiolos,
a albahaca y yerbabuena,
a lirios y azucenas.
Córdoba huele a cera por fundir…
y a perfume de incienso iraní.
Huele a naftalina aireada,
a prendas recién ventiladas,
a ruan y a esparto extendido,
a túnicas escamondadas
a punto de planchar.
Huele a costales por doblar,
a camisetas y sudaderas por estrenar
y a sudor costalero.
Córdoba sabe a jeringos de los Mártires,
a potaje de Cuaresma,
a bacalao con tomate
y a bocata de calamares...

Sabe a chicuela de machaco mañanero,
a "cristiana" muy fresquita recién "tirá",
a un medio de Moriles "pa" almorzar
y a una copita de rosoli "pa" inspirar.
Sabe a esponjosos roscos recién hechos,
a crujientes pestiños,
a preñados manoletes,
y a meladas torrijas de San Rafael…
Córdoba ya oye el gruñir de las trabajaderas,
el racheo de alpargatas costaleras,
la cadencia de las bambalinas
y la armonía de unos varales ajustados.
Oye sentidos pregones,
emotivas exaltaciones,
el quejío de las saetas
y las marchas por desgranar…
Córdoba atesora nuevos Rosarios rogados,
plegarias afligidas,
Vía Crucis culminados
y devociones arraigadas.
Siente una Fe indestructible
y disfruta de la Luz del camino…
Córdoba es Misericordia que rebosa
y Caridad infinita.
Es Silencio bullicioso,
Pasión exaltada
y Perdón lacrado.
Se alegra por las Penas liberadas…
y las Lágrimas enjugadas.
Sabe de Redención de culpas…
y de Agonías consoladas.
Es paciente Humildad
y Piedad eterna.
Ofrece Gracia compasiva,
Conversión sincera,
Clemencia munífica
y Amor inmortal.
¡Córdoba ya presiente un nuevo jueves nazareno de Fe y Esperanza!
¡Córdoba ya vislumbra un nuevo Domingo de Resurrección!

LA PASIÓN SEGÚN CÓRDOBA

La Borriquita

Mañana de Domingo de Ramos en San Lorenzo. La primavera sonríe, caras de niños expectantes e ilusionados revestidos de pureza, en sus túnicas y en sus almas.

Como corresponde, el día se presenta luminoso «para recibir al rey de los pobres…», en palabras de Benedicto XVI. Entonces, a pesar del tópico, la plaza se transformará en la puerta Dorada o de la Misericordia por la que Cristo, al son de cornetas y tambores, entra en la Córdoba ancestral, transmutada en una nueva «Jerusalén de patios y callejas», como le cantara Rafael Porlán.

La Cena

Navegando en su barco de Fe, pan de oro y Pan de vida, desde Poniente, nos llega el Señor de la Cena. El día cumple con el proverbio y deslumbra más que el sol. Viene portado por su cuadrilla de artistas del costal; cuatro pateros de lujo marcan su andar desde las trabajaderas celestiales: Rafa Hospitales, "El Chino", Pepillo Gavilán, Rafa de la Peña y Antonio Vergara, conocido como "El Legionario". Cristo recuerda a don Antonio Gómez Aguilar, portando en sus manos una reproducción de su cáliz, símbolo de salvación, luz y esperanza. Aparece arropado por sus doce Apóstoles: Unos incrédulos, otros aterrorizados y Judas, sangre de Caín, revestido de traición. Sin embargo, creo que en la escena faltan personajes. Faltan, las únicas que no abandonaron a Jesús durante las amargas horas de soledad, que precedieron a su inicua muerte de cruz, ¡faltan las "débiles", las mujeres, porque los hombres, "los fuertes", huyeron despavoridos, salvo Juan!

Hallábanse congregados
cuando el jueves les dijo
seré esta noche entregado
y entre vosotros de fijo
se encuentra el que lo ha tratado.

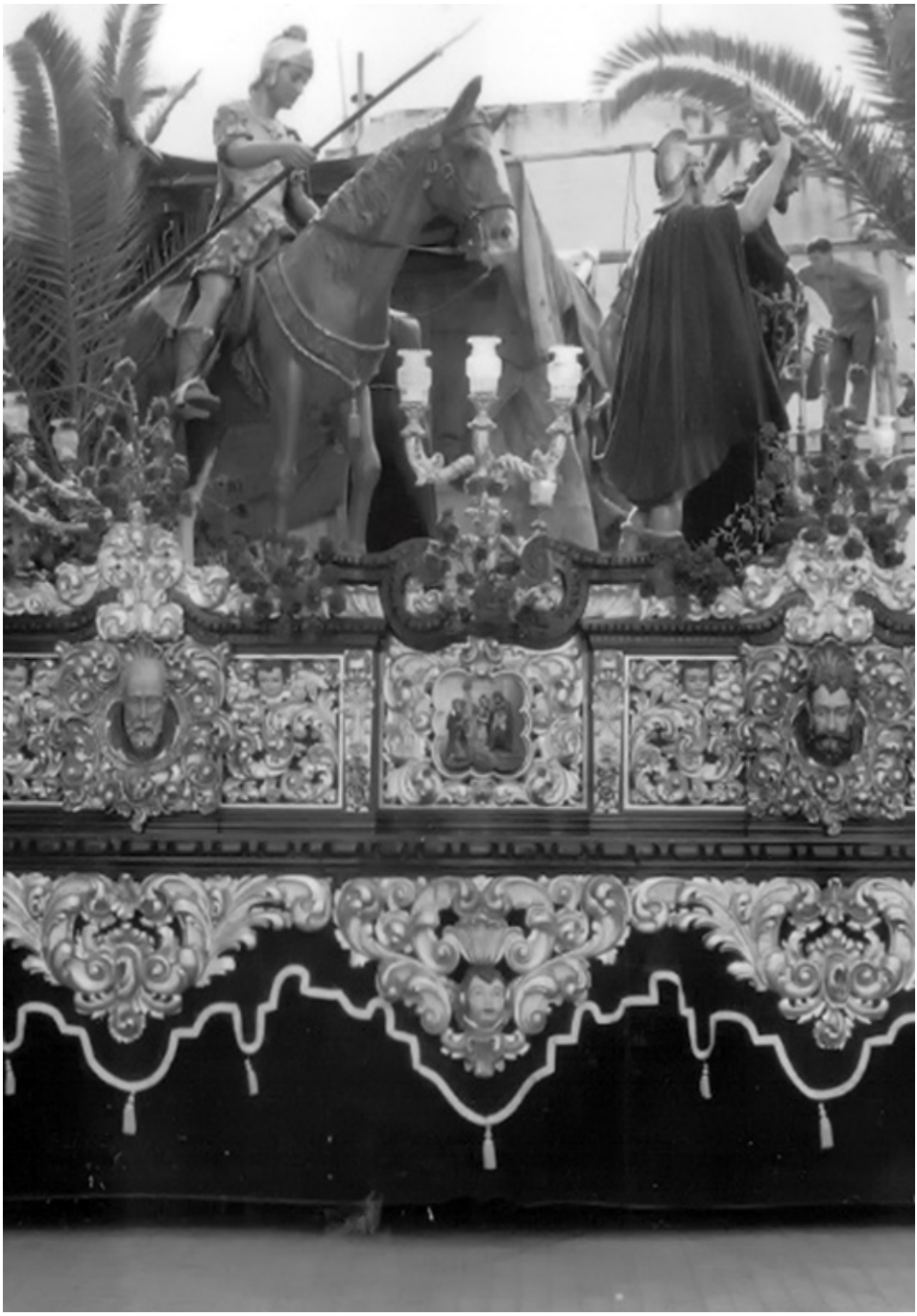
Popular.

El Huerto

Las primeras sombras de la atardecida comienzan a alargarse, flotando sobre el éter áureo que preludia el triunfo de las tinieblas. Camina acompañado por su propia melancolía y los fantasmas ancestrales que, como hombre, lo acosan: el pensamiento nublado, oprimiéndole las dudas, la soledad, el miedo y la ansiedad. Sabe que el momento de la traición está muy cerca y todo eso le aplasta el corazón, por ese motivo, Jesús reza: «¿Dónde estás Padre? … ¡Aparta de mí este cáliz! … ¡Pero no sea mi voluntad, sino la tuya!» Al cabo, un ángel lo conforta, mientras que sus Apóstoles duermen. Es Domingo de Ramos y, un año más, el compás de San Francisco se transforma en intemporal Huerto de los Olivos, para recibir a ese Cristo de dulce contemplación, antaño Señor de hortelanos y curtidores, hogaño de todos los cordobeses.

El Prendimiento

Por María Auxiliadora y San Lorenzo se consuma, con un beso, la felonía de Getsemaní. ¡Sí, un beso, una muestra de cariño y amor, convertido en ingratitud, infamia y traición! El barrio es un auténtico hervidero, sus gentes se han echado a la calle, incrédulas de lo que está ocurriendo. A pesar de todo, como una sonrisa de María Auxiliadora, te precede toda una marea de azul salesiano y de amor mariano, muchos son alumnos del colegio que, educados con el corazón, como quería Don Bosco, alumbran tu andar portentoso por las calles cordobesas, sobre tu paso de líneas versallescas.



El Rescatado

Todavía faltan unas horas para que la luna, reluciente calavera, vestida de tinieblas, como si de una vieja mortaja se tratara…, inunde de palidez las calles y de temor las almas, cuando Nuestro Padre Jesús Rescatado, precediendo los amargos pasos de quien le diera la vida, comparezca ante Córdoba. En esto, aquí se rompen los cánones, ¡sí, es un Nazareno! Pero su cruz está formada por haces de plegarias. Sus astillas son de agonía. Y está rematada con cantoneras de suspiros y lágrimas agradecidas o suplicantes, que todo vale en el corazón de quienes ante Él se postran. Sale a la calle para librar de sus cadenas a tantos y tantos infelices. Sobre su paso dorado, inundará nuestras almas, una vez más, de ese espíritu redentor, propio de la orden trinitaria.

Señor de Córdoba maniatado,
Libertador de los oprimidos,
ante tus pies maltratados,
acudimos arrepentidos,
¡Jesús Nazareno Rescatado!
La Redención

Comienza la pantomima en casa del sumo sacerdote Caifás. Te mantienes humillado, pero con semblante sereno, con una dignidad que exaspera a tus acusadores pero que embelesa a quienes te contemplan con el corazón dispuesto. Tu barrio es un crisol de luz, todo se va a hacer por derecho, arropado por tus gentes de "la Hué" que, vistiendo la túnica nazarena, prestando sus cuellos o su arte con los instrumentos, acompasarán tu caminar sereno. A lo lejos… ¡ya se oye al "Chupi" rufando su caja! y ¡Juan ya ha preparado su "leche de pantera"! ¡Con qué mimo trae Rafa a la que es…!

Estrella de la mañana,
Espejo de Justicia,
Salud de los enfermos,
Refugio de los pecadores
y consuelo de los oprimidos.

El Perdón

El juicio sigue en el corazón de la Judería. Anás irritado. La crispación, el odio y el rencor en tu contra, casi se puede palpar con los dedos. Frente al resto de sanedritas, Nicodemo se interroga y no encuentra respuesta: «¿Por qué esta bofetá?» Aires marismeños con olor a cal, sal y arena embriagan el itinerario. Las revirás resultan imposibles y tus costaleros ofrecen lo mejor de sus corazones enardecidos, porque…

Detrás viene Ella,
la de la tez morena,
la que en mi corazón se ha "metío",
la que quita las penas,
y responde al nombre, de Rocío.

El Silencio

Saliste por "Puerta Tierra" para entrar por la Puerta del puente… donde te esperaba San Rafael para darte la bienvenida. Para decirte que Córdoba ya te aguardaba… rendida a tus plantas encallecidas. Con la vieja Calahorra de fondo y el Guadalquivir milenario extendiéndose sereno a tus pies, aromas a salitre impregnan tus entrañas. A suspiros de la Caleta recuerda el poderío de tu andar sencillo, pero al mismo tiempo noble y singular, como mecido por las olas de la bahía.

El Amarrado

El Señor de los sastres sube por la calle de la Feria, bañado por las fragancias de los azahares que lo arropan, pero su divina humanidad comienza a ceder ante el peso del suplicio…, «con tu carne morada de lirio, enfebrecido y tu espalda de nardo, hecho tronco de olivo», que cantara Carlos Clementson. Recorre las calles del Domingo de Ramos mirando al cielo, ¡no para evitar el tormento!, sino para implorar perdón para quienes le golpean. En su paso faltan los verdugos que lo azotan, pero no los necesita, porque los golpes ya los descargamos nosotros en forma de asesinatos en el seno fami-

liar, guerras, corrupción, despilfarro, hambrunas, pateras de ignominia o cientos de profesionales de la mentira generando pobreza para mantener privilegios. ¡¿Para qué queremos sayones, Señor?!

Coronación de espinas

Tus sienes acaban de recibir las espinas de tan ominosa diadema. La mansedumbre de tu expresión y tu serena majestad, desorienta a los carniceros, a los que tu mirada tranquila, resignada y amorosa se clava en sus corazones como a Ti los rejones de la corona.

De frente, sin concesiones a la galería, andando de largo y arropado por su Banda de Coronación, el extenso cortejo de zurbaranescos nazarenos se aproxima a la antigua puerta de Plasencia, donde Córdoba espera ansiosa para recibir la libertad que llega desde el Zumbacón. Previamente, la Hermandad ya ha recibido el calor y el amor de los acogidos, que no usuarios, de la Cruz Blanca, los niños del hermano Manolo, almas puras e inocentes que esperan a que un día, su Santísima Madre les conceda la merced de romper sus cadenas.

La Sangre

Ante el Cristo de los Faroles, que en Córdoba es tanto como decir delante de Dios mismo, Claudia Prócula pide clemencia para el reo, pero Pilato es débil y busca una salida airosa: «¡Bueno! Entonces… ¿A quién preferís que os suelte?». Por desgracia, la plebe siempre sigue a los que más gritan, por lo que, sedienta de sangre y ahíta de odio, elige a Barrabás.

Señora y Soberana del Císter, Reina de los Ángeles. Bajo tu manto cuajado de querubines, cerúleo, marfil y plata, se cobijan cientos de miles de angelitos que cayeron destrozados a manos de la dictadura del egocentrismo hedonista más feroz que, en el colmo del esperpento, reparten derechos a discreción, pero consideran al nasciturus como una enfermedad o un tumor susceptible de ser extirpado. Es decir: ¡asesinado!”

La Sentencia

«¡No encuentro en Él falta alguna!». A los pies de la ochavada atalaya de San Nicolás, Pilato pronuncia su veredicto. El diálogo con el reo había sido muy complicado, pero algo estaba claro, si era rey, el emperador no tenía nada que temer. Era evidente que se trataba de un asunto interno de los judíos, pero las presiones y las amenazas tuvieron más peso que la certidumbre: «¡Quizá… deseas que Él ocupe el lugar del César…!» y a partir de este momento la sentencia estaba firmada. No había ni gracia ni amparo para el Hijo de Dios.

Penas de San Andrés

Las tinieblas de la noche se han apoderado del Domingo de Ramos, que ya agoniza. El caprichoso cabrillear de los cirios dibuja en las paredes doradas de la Medina cordobesa, un rosario de vagas sombras de pureza y esperanza. Sueño gitano y moreno, cobre y oro, sangre y dolor. El que por la mañana era aclamado como Rey de reyes, ahora, en medio de océanos de ruidosos silencios prolongados, generosos, íntimos e irrepetibles, recibe su ofrenda definitiva: la cruz.

Siguiendo la senda aciaga del suplicio,
bajo baldaquino de guadamecíes,
de la más pura tradición cordobesa.
¡aparece galana la Bata María!
El tulipán púrpura de San Andrés,
la eximia gitana de Santa Marina,
pero nacida en San Rafael.
Es juncal como el nardo,
fragante como el azahar,
pura como una rosa,
flamenca como un clavel,
perfecta como una camelia.
Revestida de luna clara y verde aceituna.
Alumbrada de bulerías…
en jardín de elegancia y amores.
Su piel color de caramelo…

y sacáis de aguamarina.
¿Quién pudo hacer tal prodigio?
¡Juanito!, ¿quién iba a ser?
A los sones de Esperanza cordobesa,
llega la Madre de Dios, poderosa
y deslumbrante de lindeza.

La Vera Cruz

Sumergido en la penumbra de la capilla, alumbrado por un tenue halo amarillento que proviene del exterior, tu gesto aparece trémulo y tu condición humana se rebela, a sabiendas de que todo ha de concluir para que todo comience. Tu cuadrilla acaba de depositar ante tus divinas plantas, premonición del catafalco, el trono caoba y argentino que te paseará, triunfante, por la esencia de la Córdoba eterna. Ya te aferras a tu cruz, la Vera Cruz por la que has de pasar, sabedor de lo duro que se presenta el futuro más inmediato. Por eso, ahora más que nunca, cuando el Lunes Santo accedas al interior de la Catedral por la antigua puerta del Pilar, que ese era su nombre, lo harás vencedor, consciente de que sólo a través de la cruz se puede paladear el Dulce Nombre del verdadero Amor.

El Calvario

Nuevamente, en la tarde del Miércoles Santo, la ojiva de San Lorenzo emite su quejío lastimero dando paso al Señor de los Panaderos, que sale a las calles cordobesas sumiso, dócil y manso. Con esa presencia acogedora, humilde y amorosa que, aceptando el tormento, acunándose en la cruz, como cuando bendecía a sus labradores de los pagos del Marrubial, se dispone a rezar, acompañado por sus hermanos de hábito cárdeno y oro, promesa y dolor, la oración que San Álvaro regaló al mundo: el Santo Vía Crucis.

Recuerda pueblo la historia
del que marcha voluntario
a dar al hombre la gloria
y en la cumbre del Calvario
deja inmortal su memoria.

Popular.

Pasión

En la "Casa el viejo" resplandece el Señor de los Hortelanos, mimado por el espíritu inolvidable de Lucio. Viene ligeramente encorvado, pero no abatido; sufriente, pero no hundido, cargando el duro madero. Aromas a dama de noche, jazmines y rosales preceden su caminar sereno, sosegado, gallardo y noble. En la puerta de las antiguas caballerizas, el segundo rey, de nombre Felipe, escoltado por su guardia de centenarios ballesteros, lo recibe con reverencia y devoción. Detrás llega, la más bella flor nacida de los vergeles de San Basilio, majestad resplandeciente, blanca filigrana cordobesa, nácar y marfil, vestida de ensueño por manos primorosas... Mientras que, al pie del arco, el rapsoda del romancero andaluz Luis Navas, desgrana su copla cargada de embrujo.

¡No llores por Él, Mare mía!
¡No te aflijas por favor!
¡Que hoy, tu Hijo no pierde la vía!
¡Que Él nos la entrega por Amor!
¡Y, además, resucita al tercer día!

Santa Faz

La mujer Serafia se topó con el remedo de un ser humano, aunque sus ojos destilaban tranquilidad, paz, amor y hasta sosiego. En la plaza no cabe un alma. Las saetas se sobreponen unas a otras. El Lirio blanco de la Trinidad ya viene de vuelta. En un instante, Cristo levanta la cabeza y repara en ella que, estremecida, se siente amada como nunca…, y experimenta un impulso irrefrenable por intentar mitigar el sufrimiento de aquel desconocido que, desencajado por el dolor, le está diciendo que ella también es beneficiaria de su suplicio. Verónica le enjuga el escarnio de su faz. Jesús se lo agradece con el mejor regalo imaginable: sangre, sudor y lágrimas, grabados en su paño y en su alma.

El Nazareno

Y Cristo, seguido por la más bella y pura de las perlas surgida de las manos de Dios mismo, continúa su camino al Calvario. Todo se reviste de un silencioso redoble de corazones acelerados y de azabache refulgente en su negrura. Entre la espesura de cortinas con aromas a canela, ámbar y miel se recorta la silueta enhiesta, nunca derrotada; serena, nunca turbada; y contenida, nunca rebelada de Jesús Nazareno, como corresponde a su condición nobiliaria y señorial, sin arrogancias, de cordobés cristiano viejo. Los perfiles sarmentosos, duramente entallados por la adversidad y surcados por canales de infortunio, de las personas acogidas en la residencia nazarena, por unos momentos recobran un brillo especial, solemne y sereno, porque en breves minutos su Jesús, el Nazareno, durante la eternidad de unos segundos, va a susurrarles al oído palabras de amor, de esperanza, de futuro y de gloria eterna.

¡María Santísima Nazarena,
inmaculada y marfileña,
sufres callada y serena
viendo a tu Hijo con pena,
que va con la Cruz cargando!
Soberbio primor celestial.
Joya escogida.
Portento de gubias angelicales.
Nácar de mares de ensueño.
Lágrimas de sol.
Corazón traspasado.
En Ti toda duda se convierte en certeza.
La noche se transforma en día…
y la mueca en lindeza.
Fiel espejo del espíritu nazareno:
austera, severa, rotunda, ascética.
Tu expresión célica es consuelo y bálsamo,
es luminaria en la oscuridad
y alivio de nuestros pesares.
¡Señorío y majestad!
¿Es que se puede pedir más?

Quiso Dios sin mancha original concebirte.
Contigo el ansia se atempera.
Tu divina presencia embelesa.
Por eso sólo Tú eres Soberana.
Por eso sólo Tú eres la Madre Buena.
Por eso sólo Tú fuiste Esperanza.
Por eso sólo Tú eres ¡Nazarena!

El Caído

Calle Mayor de Santa Marina, lenta pero inexorablemente avanza el Señor Caído, con porte y gallardía torera, pero con humildad piconera. En presidencia, sus hermanos mayores Pepete I, Lagartijo y Manolete, acompañados de sus respectivas cuadrillas, traje corto y destocados, en señal de respeto. El cortejo no puede tener más nobleza. Míticos tiznaos como el Mojino, el Pilindo, el Manano y tantos otros, escoltan y alumbran a su Señor, ¡que no cae bajo el peso de un madero, sino que simplemente se arrodilla para ayudarnos a seguirle! Fragancias a jara, encina y romero embriagan su caminar. Al martillo Manuel Gallegos Pérez acompañado por su cuñado Antonio Sáez Pozuelo, "el Tarta", capataces de tronío de la cuadrilla piconera de la hermandad de San Cayetano.

Poco más atrás…, Josefa Alonso "La Vinagra", María Fernández "Mariquita", la Pepa del "Peinilla" y Rafaela "la Chinda", repeinadas y acicaladas para la ocasión: aguas de azahar bañan sus cuerpos; cabello terso, brillante y recogido en un moño, bien sujeto con horquillas y peinetas; luciendo faldas llenas de volantes y un modesto mantón de Manila, acuden a consolar a su comadre María, que padece el Mayor de los dolores posibles: vivir los momentos más trágicos y atroces de su Hijo amado… ¡en Soledad!

El Buen Suceso

San Pablo se ha transformado en una nueva calle de la Amargura. Desde su trono argento y carmesí, María Santísima de la Caridad, cabeza inclinada, ojos hundidos y quebrantados, pero llena de misericordia y compasión, rememora la escena una y otra vez.

El encuentro con Jesús, su Hijo amado que, a pesar del suplicio, saca fuerzas de flaqueza para animarla a Ella y a las mujeres que lo quieren consolar con sus lamentos: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras mismas y por vuestros hijos».

Humildad y Paciencia

La Vía Dolorosa llega a su término. Rechazas el acíbar que te ofrecen porque, como cordobés de bien, vas a ser cabal y honesto hasta el final. Las siluetas de tus blancos nazarenos compiten con las tapias que te rodean, fundiéndose como espectros que se prolongan hasta el infinito. ¡Ha llegado la hora!

Cada Semana Santa,
Entre la cal y los cantos
de la plaza de Capuchinos,
brota una divina flor.
Blanca como la azucena,
nacarina es su faz,
sus ojos son luceros…
que vierten lágrimas de oro y tormento,
los labios son dos corales,
elegante cuello de majestad,
talle de soberana
y manos de solemnidad.
Una corona imperial,
regalada por sus hijos,
ciñe sus sienes regias.
Es madre y doncella,
jamás vi mujer más bella
en mi dilatado deambular.
Es sencillez franciscana
y reina de los capuchinos.
¡La niña de Juanito!
Es ilusión y confianza,
es sosiego y consuelo,
es mensajera de júbilo,
es la calma de nuestros afanes,
es de nuestras vidas, Esperanza
y es de nuestras almas, la Paz.

La Conversión

No sabían lo que hacían, eran duros de corazón y te crucificaron entre bandidos, sin comprender que de este modo te proclamaban públicamente, y hasta el final de los tiempos… ¡Rey! Tu trono: la cruz. Desde este terrible escabel, tu cuerpo aparece revestido de indescriptible nobleza, transmites bondad e irradias el amor que te permite acoger a Dimas en lo más profundo de tu corazón. Tu casa está en "la Letro", barrio obrero y sencillo que en cuanto llegaste, te nombró el primero de los suyos. Es Viernes Santo y brilla la tarde en el resol bermejo. En la arquitectura de los arreboles, se pueden contar numerosos castillos de fuego. Compareces sobre paso en caoba de severa sobriedad. ¡También andas lo tuyo, no te puedes quejar!

Las Penas de Santiago

La calle Agustín Moreno se ilumina con nuevos resplandores, cuando la cruz caoba de la hermandad jacobea y peregrina se posa bajo el arco de entrada al templo fernandino. En lo más profundo del corazón de esa Córdoba barojiana de calles encaladas y edenes domésticos en los que, en las vigilias del estío, en la umbrosa quietud de sus patios, aroma la dama de noche y el jazmín recién cortado, una vez más, el Señor moreno y arcaico, en el momento en el que María acaba de convertirse en Madre de toda la humanidad, es acogido con respeto, admiración y devoción.

Y junto a Él, solemne y refinada, cuajada de camelias, en su palio de fina platería, sabia mezcla de arte y austeridad, María Santísima de la Concepción, tez trémula, corazón ardiente, mirando al infinito, como aquella niña colombiana de nombre Omayra, símbolo de tragedia y esperanza.

La Agonía

En el Gólgota de Mirabueno se interpretan los últimos compases de la tragedia. Ya proclamas tu realeza desde el pedestal al que has sido izado. La soldadesca, borracha de vino, sangre y odio, tal

y como estaba escrito, se juega tus ropas, mientras que un legionario, entre triunfante y amenazador, te ofrece con su pilum un hisopo mojado en vinagre aguado, para mitigar tu sed. Córdoba en la distancia, bajo el encanto de la penumbra salpicada de fulgores, perdida en vagas nieblas, asume un aspecto de paraje soñado, los edificios se desvanecen con una tinta melancólica, mientras que la sierra, ennegrecida, insinúa misteriosas pirámides en el horizonte, donde ya se vislumbra de las almas, la Salud.

La Expiración

La luna de Parasceve, plata y azogue, melancólica y sombría comienza a dibujarse en el cielo. Tras de sí, jirones de luz recorren la penumbra de la anochecida, alargando las formas hasta configurar un paisaje irreal, barroco y "grequiano". La tarde de Viernes Santo, fiel a sí misma, presenta la palidez propia de la jornada litúrgica: la hora en la que Cristo, entregando su vida por la salvación de la Humanidad, expira en San Pablo: «¡Elí, Elí! ¿lemá sabactaní?», clama al cielo, mientras que las columnas salomónicas de su compás se retuercen y se funden con el incienso, acompañándolo en su sufrimiento. Tarde de austeras sargas de cola, de cirios al cuadril, de silencios contenidos, de rezos ancestrales y de oración profunda y sentida, en la intimidad que ofrece la calle, de la mano de María Santísima del Rosario Coronada.

La Buena Muerte

Desde el fondo de la iglesia colegial de San Hipólito, la Reina de los testigos de la Fe verdadera, contempla la maniobra por la que el Primer Mártir de la historia es puesto en la calle, para proclamar a los cuatro puntos cardinales de la geografía cordobesa, que la muerte no es el final. ¡Que con su muerte vence a la muerte! Fernando IV de Castilla, conocido como "El Emplazado" y su hijo Alfonso onceno, llamado "El Justiciero", se levantan de sus arcosolios para rendir culto y veneración al Rey de reyes. Delante se dispone un negro cortejo, pronto a realizar su estación de penitencia buscando

las quimeras de sus sueños. Estampa evocativa y poética, tranquila y melancólica, que nos traslada a tiempos en los que los hermanos de luz se mezclaban con los flagelantes que se autolaceraban, en expiación de pecados inconfesables.

Quiero, Señor, en tu encanto
tener mis sentidos presos,
y, unido a tu cuerpo santo,
mojar tu rostro con llanto,
secar tu llanto con besos.
Quiero, en santo desvarío,
besando tu rostro frio,
besando tu cuerpo inerte,
llamarte mil veces mío...
¡Cristo de la Buena Muerte!

José María Pemán

El Cristo de la Piedad

En el desierto, las palmeras, esas arañas gigantes que cuelgan del cielo, anuncian remansos de paz y sosiego. Pero claro, este no es tu caso. ¿Cómo iban a serte fáciles las cosas? Aunque eres nuevo allí, de sobra sabes que el nombre de tu barrio es sinónimo de dolor y tus gentes están curtidas en la adversidad, en la injusticia, en el prejuicio, la desigualdad y el abuso. Por tus calles es fácil encontrarse con Cristos vivientes, sobrellevando el infortunio con nobleza y dignidad. ¡Por todo ello, tu incorporación a la Semana Santa… es un grito desgarrador de sufrimiento y Piedad, sangre y Esperanza!

Universitaria

Te recuerdo al fondo del templo alcantarino, en medio de una penumbra solo rota por la fugacidad de un rayo de sol que, con la sutileza de un suspiro, acariciaba tus pies maltrechos, taladrados por la ignorancia de los doctores de la ley y la brutalidad de los amos del mundo. Ahora te encuentras en mi casa. Al fondo San Rafael, Medicina de Dios, vela tu sueño y cuida de Córdoba, fiel a su juramento. Y contemplo la representación de tu cuerpo, ¡bendito

cuerpo!, tumefacto, desgarrado, desangrado vena a vena, humillado poro a poro, deshumanizado suspiro a suspiro.

Como anunció Simeón el día de tu Presentación, cada latigazo, cada hilo de sangre, cada moratón, cada resto de miseria humana depositado sobre tu cuerpo…, constituyen las dagas clavadas en el corazón de tu Madre, tal y como quedó reflejado en la Síndone, notaria silente del gran misterio de amor, que representa tu Pasión.

El Esparraguero

En la antigua plaza de los Álamos, ya de regreso, los hermanos trinitarios alumbran a su Cristo inmigrante, un "sin papeles", que pronto se ganó la devoción y el fervor de sus esparragueros, los que todos los años le ofrecen los brotes más escogidos de los campos cordobeses.

Mientras tanto, el Jardín del Alpargate se ha convertido en el santuario del quejío hecho oración. María la Talegona, Luis Chofles y Mariquilla Rojas regresan todos los años en otras gargantas, igualmente cargadas de dolor, amor y melancolía, para desgranar sus tonás, sus saetas cordobesas viejas y añejas, rasgando el cielo de la noche de Nisán. La seguiriya se mezcla con el martinete y las carceleras, lanzando sus flechas heridas por arrebatos de pasión, desgarradas e insondables. Son ruegos suplicantes en petición de salud, libertad o ¿quién sabe qué?

En el Gógota, ¡oh Jesús!
ganaste la gran batalla,
muriendo venciste Tú,
vuelve los ojos a tus hijos,
que también sufren su cruz.

La Misericordia

Decía la poetisa cubana Carilda Oliver que «toda la vida cabe en una lágrima» ¿Cuántas vidas –me pregunto- caben en tus benditas, frágiles y celestiales lágrimas? ¿A cuántos miles de desamparados has consolado con sólo reflejarse en tus mejillas de nácar virginal?

¿Cuántas confidencias inconfesables han puesto ante Ti, en busca de amparo y bálsamo?

Desde antes de la luz primera, la primitiva basílica de los tres santos, inundada de una etérea llama malva y ámbar, se encuentra revolucionada. El Santísimo Cristo de la Misericordia, la devoción de mi madre, luce ya, pan de oro, en su paso. Los iris del calvario, símbolo de la unión del cielo con la Tierra, embriagan con su aroma los muros de la actual Basílica Menor de San Pedro. Mientras que los Santos Mártires de Córdoba, integrantes de la Capilla Musical Celestial de la Hermandad, preparan su particular estación de penitencia: Januario, Marcial, Fausto, así como el resto de sus compañeros nacidos a la vida, por proclamar su fe en Cristo resucitado, se esfuerzan en afinar sus gargantas, bajo la dirección musical de don Francisco Melguizo.

Salve, Regina, Mater misericordiae.
Vita, dulcedo et spes nostra, salve.
Ad te clamamus exsules filii Hevae.
Ad te suspiramos gementes et flentes
in hac lacrimarum valle.

La Caridad

En la plaza del Potro, la imaginación juega con nuestro entendimiento y nos transporta al corazón de la Córdoba de los Austrias, punto de encuentro de tratantes de ganado, de lineros, toqueros, curtidores, pícaros, armeros, prostitutas y gentes de paso. Ante la fachada tardo gótica del redivivo hospital de la Santa Caridad de Nuestro Señor Jesucristo, nazarenos de rancio abolengo alumbran tu portentosa imagen. Hermandad de Frontera, en la que se conjugan arte, historia y tradición centenaria. Guiones reales presididos por las cinco llagas proclaman tu nobleza franciscana.

A tus pies, a pesar del dolor desbocado que atraviesa su corazón, Ella, delicada rosa negra, muestra su singular hermosura. Hunde la cabeza y de sus tristes y desconsolados ojos deja caer seis lágrimas, dibujando otros tantos arroyos de aguas amargas.

Mientras tanto, Gonzalo Fernández de Córdoba, el gran Capitán, marcha marcial al frente de sus legionarios, herederos de aquellos míticos Tercios que se enseñorearon por toda Europa; hombres y mujeres de raza que, de haber dependido de ellos… ¡ni te traicionan, ni te detienen, ni te crucifican, ni na de na!

Ánimas

¡Silencio! Desde el campanario de San Lorenzo, lágrimas sonoras, se lanza a los cuatro vientos el gran mensaje: Cristo ha cumplido su promesa y ha entregado su Ánima para salvar a la Humanidad. Bajo la apariencia lastimera y acongojada del paño de tinieblas, la plaza se viste de melancólicas Tristezas, manos entrelazadas, escapulario carmelitano, cobijada bajo baldaquino de delicadas volutas pan de oro e incienso. Las cuentas del Santo Rosario se tornan plegaria infinita. Los faroles de viático marcan el camino. La calle se llena de murmullos, bisbiseos y expectación contenida, sólo rota por la salmodia de los latines que acompasan el discurrir sereno y austero de ese Cristo valdesiano de tez de azabache. La angustia hecha oración, se proclama a pie de calle con gargantas desgarradas, a pecho descubierto y emociones incontenibles, tristes y ululantes como un gemido.

El Amor

Procedes de una collación de solera: la Magdalena. Donde le diste nombre a una calle: Crucifijo. Quiso Dios que te incardinaras en tu barrio trabajador, franco y modesto, pero de corazón noble y alma insigne que recuerda que fuiste Obrero Divino, a la vez que nuestro Salvador.

Te espero ya de vuelta, con la mole catedralicia y la puerta de la ciudad enmarcando al contra luz, tu noble silueta de cordobés de abolengo. Sinfonía de oros, ámbares y azabaches, pregonando al mundo que Tú eres el Amor.

Siguiendo tu destino, viene esa delicada doncella del Campo de

la Verdad, de ojos rasgados y color de esperanza, que no dudó en dar un sí comprometido, aceptando lo que le proponía el ángel, para convertir su bendito seno virginal en la divina morada de Dios mismo. Viene sobre las cervices de un ramillete de cordobesas de pura cepa, las más valientes y dispuestas jamás nacidas, ¡que no tienen que enseñar nada a nadie!, salvo la fuerza de sus corazones, su voluntad inquebrantable y el infinito amor que sienten, para pasear con mimo a su Madre de la Encarnación.

El Vía Crucis

Corría el 10 de abril de 2006, Lunes Santo. La plaza de la Trinidad lucía con las galas propias de las grandes ocasiones. A mi lado, dos de las personas más queridas y añoradas de la feligresía: Lola Moreno, Señora de las tabernas, acompañada de Currillo, su hijo, siempre alegre a pesar de la adversidad, dotada de una fe inquebrantable y esperanza a prueba de bombas. Allí estaban los dos esperando para ver salir a su Señor de la Salud, para presentarle sus afanes diarios y sentirse reconfortados con la serenidad de sus bellísimos rasgos. Desde el fondo del templo ya se escuchaba el rezo del Santo Vía Crucis y pronto la plaza se inundó de cielo. Tenue rumor de túnicas de porte elegante y andar severo, viviendo sus momentos de máxima reflexión, buscando el abrigo de las estrecheces medievales del viario y los altares callejeros que lo jalonan, para encontrar sosiego con el rumor cantarín de las fuentes del Patio de los Naranjos y paz con los ecos que se pierden entre las columnas catedralicias, antes de postrarse ante el monumento donde se rinde culto a Jesús Sacramentado, razón, fundamento y ser último e imprescindible de la estación de penitencia.

El Cristo de la Clemencia

En la tarde más larga y triste del año, en la que los minutos se desgranan como cuentas del Rosario. En el gran rectángulo de guijarros, cal y cielo de Córdoba, Cristo se desdobla. Va sin corona de espinas, porque está a punto de ser bajado de la cruz; comparece

amparado por el calor de frentes cargadas de tiempo y los rezos monjiles de las hermanas de la Consolación. Negros nazarenos con cirios de tinieblas, rivalizan con las níveas cales de la plaza, poniendo su contrapunto de respeto y contemplación.

El Descendimiento

Y en el Campo de la verdad, cuando todo se ha cumplido, Cristo es descendido de la cruz arropado por el dolor de María Santísima y el cariño de Nicodemo y José de Arimatea, ayudados por San Rafael que, abandonando su pedestal, acompañado por Acisclo y Victoria, acuden con bálsamos y ungüentos extraídos del olivo y los azahares del Patio de los Naranjos, para enjugar las heridas del Rey de reyes. Las piedras viejas y solemnes de la puerta del puente se transforman en la boca del sepulcro que, durante tres días, acogerá tu divina humanidad maltrecha y desfigurada. Sin embargo, a pesar del dolor, del sufrimiento, de la agonía y de la muerte, tu Pasión va a tener buen fin.

Las Angustias

Todo se ha consumado en San Agustín… el Héspero impone su melancólica tristeza sobre la Ajerquía de geranios y balcones. El Hijo amado yace yerto sobre el regazo de Nuestra Señora de las Angustias Coronada. Los recuerdos de toda una vida le asaltan a borbotones: ¿Cómo olvidar aquellos años de la infancia de Jesús? Su sonrisa limpia, siempre presta, sus brazos amorosos, su corazón continuamente abierto, presagio de su infame crucifixión. Fueron tiempos de felicidad y de entrega total y absoluta hasta el final, inicuo final nunca habrías querido vivir. ¡Tú que sabías que el fruto de tus entrañas era inocente, tuviste que ser testigo del abandono de sus amigos y contemplar, horrorizada, cómo la sangre de tu sangre era derramada, insulto a insulto, golpe a golpe! Sin embargo, también sabías que el sepulcro no era el final, sino el principio. Con la Cruz sólo se cerró un ciclo, el del dominio de la muerte.

En tu imagen hacen presa
las angustias y el dolor,
porque, Virgen cordobesa
llevas muerto al Redentor
que tallara Juan de Mesa.
Antonio y Francisco Arévalo

La Soledad

El cielo de Viernes Santo adquiere los tonos plúmbeos de las tardes de nuestra infancia, en las que el tiempo se ralentizaba para que nada molestara la agonía de Cristo en la Cruz. Por el Jardín del Alpargate María camina en Soledad, exánime, la vista perdida en el horizonte, transida de dolor y desgarradas las mejillas por cuchillos con forma de lágrimas. «¿Qué ha sido de la carne de mi carne? ¿Qué ha sido de la sangre de mi sangre? ¿Dónde están los que hasta hace poco lo aclamaban?» Interroga con serena vehemencia a la cumbre de la imaginería barroca, que en San Pedro encuentra la fuerza vital para componer su obra maestra, aunque no puede sino rendirse desolado por la falta de respuestas. Las calles se cierran ante Ella con muros de incomprensión y puertas de silencio, sólo abiertos por el murmullo de la fuente labrada en el Potro por Gómez de Sandoval, donde encuentra leve alivio a su Soledad.

El Sepulcro

Córdoba callada, crepúsculo de hondos silencios y lóbregas siluetas de aguzados perfiles, ajustadas de esparto, apenas alumbradas por la levedad mortecina de sus cirios de pálida melancolía, recorren sus calles. Nazarenos del Sepulcro, la Hermandad de los escribanos. Penitentes que transitan absortos en su rezos y meditaciones tras el sonido seco y estremecedor de la matraca que, con cadencia acongojada y dolorida, marca el muñidor anunciando el discurrir de la cofradía. Buscan la sede de Osio, seguidos por el paso de la urna que contiene la materialización de una promesa: Cristo, que baja al Sehol -el lugar de tinieblas y sin poesía, donde reina la negrura y el olvido-, es depositado bajo las arcadas de la antigua mezquita mu-

sulmana, para salir triunfante de la Catedral cristiana proclamando a los cuatro vientos, que la muerte ha sido vencida, porque Él nos ha redimido entregando su propia vida.

Los Dolores

Un suspiro se me escapa y elevo un Avemaría cuando te veo aparecer por Deanes, protegida bajo tu palio infinito de azabache tachonado de plata, custodiada por palomas y dragones; demacrada, cerífera y exangüe, el corazón traspasado, los labios convulsos, las manos interpelando al Padre. Te encuentras perdida, aturdida y abandonada como cualquier mujer que, angustiada pero serena, más divina que humana, pero al fin y al cabo humana, busca noticias del fruto de sus entrañas. Detrás te siguen tantas y tantas almas, unas en busca de perdón para pecados aborrecibles; otras ansiosas de consuelo ante la tribulación; las hay que pretenden cumplir cuentas contraídas, sin saber que Tú ya las has dado por saldadas; o las que sólo quieren decirte ¡gracias por los favores concedidos! ¡gracias, porque siempre estás ahí, dispuesta para escuchar! Tu celestial figura se clava como si fuera una daga en lo más profundo de mi alma. En ese momento me pregunto si existes de verdad o eres puro ensueño, y me gustaría asirme a tu manto para acunarme en tu regazo.

Quisiera que ese instante fuese eterno. Te miro y admiro a pocos metros, como aquella vez que, acompañado de mi padre, al besar tu divina mano sentí el escalofrío provocado por siglos de devoción. Aspiro tu perfume a incienso, nardos y azahares. Iluminada por los cirios de la candelería que flamean delante de tu cara, la túnica carmesí enjoyada y en las mejillas brillando tus lágrimas diamantinas. ¡Si pudiera elevarme hasta llegar a tu rostro quebrantado para poder consolarte! pero, como en una de mis pesadillas peores, no puedo alcanzarte y eso apena, ¡cómo ahoga la aflicción, Madre mía de los Dolores!

El Resucitado

¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? Proclama el ángel. Cristo abandona el sepulcro y deja tras de sí el sudario que refleja en el cielo el suplicio, componiendo una sinfonía de naranjas, rojos, violetas y añiles en el firmamento cordobés, que se sobrepone a las tinieblas. El astro rey ya acaricia, con la intimidad de un susurro sagrado y ancestral, los muros del ex convento de hermanas clarisas de Santa Isabel, donde los espíritus de las venerables religiosas que allí rindieron culto diario y permanente a Cristo resucitado, esperan ansiosos el gran momento. A las diez en punto de esta nueva mañana de azul resurrección, se abren las puertas de Santa Marina, dado paso de este modo al cortejo de la alegría, el que da verdadero sentido a nuestra fe de creyentes: ¡Jesús ha resucitado! Porque, ¿Qué sería de nosotros si Cristo no hubiera vuelto a la vida; si no nos hubiera dejado su cuerpo y su sangre en el misterio eucarístico? Estas son las dos patas sobre las que se asienta nuestra certeza y nuestra esperanza de cristianos y cofrades: Eucaristía y Resurrección.

EPÍLOGO A MARÍA SANTÍSIMA DE LA ESPERANZA DEL VALLE

Llegado a este punto, mi corazón me traslada al último Jueves Santo, a tu primer jueves de Fe y Esperanza. En la Presidencia celestial tus hijos Teresa, Lola y Rafa Cantos, acompañados por Currillo. Suena el llamador, "la quiero a pulso aliviao", ordena Juan Carlos. En ese momento tu mirada, cómplice, amorosa y maternal, ya se había anclado a mi alma con la fuerza de un titán. Yo te miraba y te daba las gracias, Tú me acogías en tu seno y me ibas a llevar en volandas.

Tímidamente los rayos del sol comenzaron a rodearte, el murmullo de la calle se tornó en expectación, sorpresa, incredulidad, asombro, gozo, fascinación y éxtasis. Las sensaciones nacían desbocadas. Muchos, al verte, se preguntaban: ¿Quién es Ésta que despunta como el alba, hermosa como la luna y refulge como el sol? Pues eres fuente en los jardines. Manantial de aguas vivas. Arroyo chispeante y remanso en el camino. Palomas son tus ojos. Tus labios ribetes carmesíes. Radiantes pétalos de rosas cada una de tus mejillas. Tu cuello, tal cual torre de marfil. Tus manos son cofres de oro. Como si fueras una novia vestida de ropas tejidas con hilos de dolor, trigueña y en plenitud, compareciste ante las gentes de tu barrio, ¡la Rosa de Poniente!, morena clara, bañada por la tibieza de tu llanto y envuelta en una melancolía que se resiste a ceder al privilegio de los vivos: el sufrimiento.

¡Por fin! La flor más lozana y escogida del jardín que cuida San Álvaro de Córdoba, luciendo en todo tu esplendor una belleza que, a la luz de la noche, sobre las ascuas incandescentes de tu escabel, transforma en joyel la dulzura de tu carita, suavemente terciada, de mocita cordobesa. Toda bella eres, no hay defecto en ti. ¡Tú, por fin!, estabas en la calle a los sones de "La Esperanza del Valle".

¡Dios te salve Esperanza
de este Valle de lágrimas!
¡Madre Santa de la Cena
y razón de nuestra existencia!
¡Dios te salve!
De los hijos de Eva, mediadora.
Reina de nuestros corazones.
Baluarte de la fe.
Señora del Consuelo y del Auxilio.
¡Qué perfección de líneas y donosura!
¡Rosa de inmarchitable hermosura!
Eres sin pecado concebida.
Eres suspiro que colma.
Eres brisa que mitiga.
Eres rocío de la mañana.
Eres susurro que calma.
Eres visión que arroba.
Eres calor que cobija.
Eres silencio que arrulla.
Eres refugio para el que camina.
Eres lluvia que da vida.
Eres agua que sacia.
Eres sombra que socorre.
Eres jardín celestial.
Eres ancla que afianza.
y eres estrella que guía.
Eres fuerza en la debilidad.
Eres bálsamo para nuestras heridas.
Eres aurora infinita.
Eres norte y rumbo.
Eres ancla de salvación.
Eres puerto seguro.
Eres faro que ilumina las tinieblas
Eres Luz de Esperanza y
Auxiliadora de los cristianos.
Fuiste el Primer Sagrario.
La siempre creyente.
De agua viva, clara fuente
y Pilar de nuestra historia.

Por todo eso, Señora, en tu regazo,
se cobija Poniente.
¡Dios te salve!
De la Cruz Blanca, redentora
y de los desvalidos, protectora.
¡Oh! celestial princesa,
Soberana de la tierra y de los cielos,
tu amorosa bendición,
¡A ti clamamos!
Vida, dulzura y abogada nuestra.
¡A ti suspiramos!
Y a este valle de lágrimas,
con el fruto bendito de tu vientre,
¡tráenos la salvación!

¿Estamos?

Terminose de escribir este pregón

el día 18 de diciembre de 2022,

festividad de María Santísima

de la Esperanza.

Francisco Román Morales
Pregón de la Semana Santa de Córdoba de 2023
Gran Teatro de Córdoba
25 de marzo de 2023.

Edita: Agrupación de Hermandades y Cofradías de Córdoba
Córdoba, marzo de 2023
Diseño y maquetación: Rafael C. Roldán Sánchez
Imprime: Vértigo